CAPITULO XIX.

MILAGROS DEL AMOR.

POR lo visto, Isolina habia entrado al mundo con mal pié, y la razon era esta:

Tenia buena cara.

Si las mugeres al venir al mundo pasaran antes por un almacen en donde se vendiera *experiencia*, y despues por otro donde se vendieran *caras;* habian de titubear mucho para decidirse por una *cara bonita*.

La naturaleza matiza, no tan caprichosamente como suele creerse, estas flores del vergel de la vida que se llaman mugeres; pues tiene el tino de criar *feas* para guar-

dar las últimas gotas del néctar de la virtud, que se va escaseando tanto cada dia.

No hay leyenda humana que no empiece por esto: Una cara bonita.

Despues de ese precedente ya hay cauce para la cascada de los acontecimientos posteriores.

La mayor parte de las desgracias de la muger, vienen de allí; ó de otro modo:

Casi todas las mugeres muy desgraciadas han sido muy bonitas.

Una muger bonita tiene siempre este funesto prestigio.

Nos parece la única, no es cambiable ni sustituible para nosotros, y la perseguimos á muerte.

Don Pepe García el cacique habia pensado así al conocer á Guadalupe, hoy Isolina; Pico habia pensado así al enamorarse de Isolina.

La primera dama habia adivinado algo de lo que pensaban los hombres, y habia aborrecido á Isolina.

Los jóvenes audaces que la camelaron brutalmente la noche de su *debut*, pensaron así tambien.

El jóven que habia persistido, á pesar de su tio y de todo, era de la misma opinion.

Y por último, D. Fernando, á pesar de todos los gustos que se habia dado y de lo gris de sus cabellos, pensaba que no habia visto muger mas encantadora que Isolina.

Isolina, de la misma manera que el que defiende su bolsa con su puñal, se presentaba en el mundo defendiendo su hermosura con su virtud.

Y una trahilla humana la esperaba en plena canícula á la orilla del lodazal de los vicios, sin maldita la aprension de todo lo bueno y sin mas razon que esta:

Isolina era hermosísima.

Por nuestra parte, temerosos de que nuestra insuficiencia en el grave y difícil estudio moral de las costumbres, nos haga incurrir en la monotonía é induzca al benévolo lector á bostezar ante nuestros pobres libros, no insistimos en seguir paso á paso las huellas de nuestros personajes, sino que una vez conocidos moralmente, los exhibimos solo cuando los encontramos en determinados predicamentos que pongan de relieve sus rasgos característicos.

Así, pues, pasaremos en silencio los dias de la convalecencia de Pico, hasta el momento en que vamos á volver á encontrarlo en íntimas pláticas con Isolina.

—¿En qué piensa usted, Pico? le preguntaba una tarde Isolina al convaleciente apuntador.

—En que cada vez que quiero hablar, se me atora una palabra. Decididamente el idioma está plagado de muchas palabras que son un verdadero estorbo.

—¿Y qué palabra es esa?

—¿No se reirá usted de mí, Isolina, si la digo?

—No.

—Pues..... es la palabra *usted*. Yo no he visto dos amantes sobre la escena hablándose de *usted*, si se aman mucho; y yo á la verdad soy de la misma opinion de los autores dramáticos, porque si viera usted, Isolina, qué in-

compatible me parece esta palabra cuando la hablo á usted de mí, cuando pretendo decirla lo que siento!

—¿Es posible? preguntó Isolina cariñosamente.

—Tanto, contestó Pico, que si me permitiera usted suprimir esa palabra, estoy seguro de que yo explicaria mejor lo que quiero decir y creo que solo hasta entonces llegaria usted á comprender lo que la quiero. Vaya otra prueba de que esto es cierto: cuando hablo solo.....

—¿Habla usted solo, Pico? interrumpió Isolina.

—Sí, muchas veces, siempre que puedo.

—¿Y qué habla usted?

—¿Lo digo?

—Sí, Pico, si eso lo consuela á usted.

—Pues bien, cuando hablo solo digo así: yo te amo, Isolina, tú eres mi luz, eres mi vida, eres..... eso es lo que digo.

A Pico le estaba temblando la voz y casi no pudo acabar de hablar; pero haciendo un gran esfuerzo para continuar, solo pudo agregar estas palabras:

—Y eso lo digo, porque lo siento así.

—¿Será posible que no pueda usted amarme solo como á una amiga?

—¡Ay! exclamó Pico, nos hemos desviado de la cuestion, se trataba de que me permitiera usted suprimir el *usted:* esto seria un gran consuelo para mí, y por otra parte nuestra amistad tal vez se prestaria menos á comentarios desfavorables por parte del público, porque podrian creer que somos parientes, mientras que esa palabra en

nuestros labios desde luego suscita esta idea: «*no son marido y muger,*» y empezando por afirmar esto, acaban por sospechar de nosotros.

—Tiene usted razon, Pico, nuestra posicion es difícil y no está en nuestra mano evitar que nos censuren; pero usted es mi familia, usted es el único lazo que me une con la sociedad, y le debo á usted tanto, que jamas podré abandonarle ni ser con usted ingrata.

—¡Ah Isolina! cada vez que me dirije usted esas palabras consoladoras, siento que renazco de mis cenizas como un pájaro fabuloso que se llama Fénix, y no solo renazco, sino que cobro nuevo vigor y nuevo espíritu.

—Es usted muy bueno, Pico, y me quiere usted mas de lo que merezco.

—¿Mas? ¡ah! no.... usted merece que se la adore, usted merece un amor, no el de Pico el ex-bruja, el ex-militar y el apuntador de la compañía; usted merece el amor de un grande hombre porque vale usted mucho. ¡Ah! pero no por eso habia de ser ese amor mas grande que el mio. ¿Quiere usted saber cómo es mi amor, Isolina? Quieres.....—¿Suprimo el usted?

—Sí.

—¿Quieres saberlo, Isolina adorada? pues oye. Tú eres una encarnacion hechicera de todo lo que de mas poético y espiritual hay en el mundo..... Yo te diré á mi modo lo que siento, lo que me haces sentir y lo que pienso de de tí constantemente.

Tú existes, Isolina, en muchas cosas de las que me ro-

dean; por ejemplo, en las flores, y estoy seguro que en el aroma de la madreselva y de los jazmines hay algo de tu alma. Ayer lo estaba sintiendo, ayer lo averigüé. ¿Ves estas flores?

Y Pico señaló unas flores que estaban en un vaso.

—Ayer, continuó, aspiraba con delicia su aroma y en ese aroma estabas tú, estaba tu nombre, estaba tu aliento..... por eso las besé una y mil veces. Sí, Isolina, tú existes para mí en muchas partes, y cuando veo el cielo, cuando alumbran las estrellas, siento como un resto de tus miradas, porque tú tienes en los ojos un no sé qué de estrella que no puedo explicar.

Ayer..... yo no sé por qué he sentido tanto ayer que estabas en todas partes..... Mira..... si yo supiera hacer versos, ya te habria escrito un tomo, especialmente para decirte lo que pensaba ayer.

—¿Qué pensabas? le preguntó Isolina, quien ya tenia su mano enlazada entre las de Pico.

—Se iba oscureciendo despues de haber lucido una de las tardes mas hermosas que he visto; ya te acuerdas, estaba yo en la ventana. A medida que iba acabando la luz, me parecia que tú ibas cerrando los ojos, y cuando fué de noche, aun tuve que contener mi aliento para no despertarte; me pareció que estabas dormida.

Si los reflejos del alma tienen el prestigio de modificar los semblantes, no vacilamos en asegurar que en aquellos momentos Pico estaba hermoso.

La misma Isolina encontró en su rostro no sabemos qué de grande, no sabemos qué de profundamente tierno.

La mirada de Pico se fundió magnéticamente en la de Isolina y los dos la sostuvieron por largo tiempo.

—¿Dónde has aprendido á amar? preguntó Isolina despues de un largo silencio.

—Solo en tus ojos.

—¿Solo en mis ojos?

—Sí..... pues ni en mi cuna, porque mi madre me dejó muy niño. Despues creí amar á una muger, pero era yo militar y la amé á paso de carga, hasta que nos dispersamos. No recogí las municiones, todo se perdió, y despues, despues nada; nadie en mi camino, en el teatro no se puede amar; desde la concha se ve todo desarticulado, todo incoherente: el amor huye de los bastidores, como perro en barrio ageno; allí no hay nada.

—¡Ay! que horrible es el teatro! yo me lo figuraba de otro modo.

—El teatro no es horrible, ni el arte, lo que es horrible son los cómicos.

—Y con todo..... estamos condenados á vivir en esa atmósfera, á comer ese pan.

—Tú no, Isolina, tú no volverás á trabajar, no volverás á pisar las tablas.

—Al contrario, Pico, al contrario. Ya he tomado mi resolucion, y en todos estos dias en que tan largas horas he pasado á tu cabecera velando tu sueño, he tomado m

partido. Escucha, á mi vez voy á decirte lo que he pensado íntimamente.

—Habla, Isolina, tu voz me enagena y tus ideas me regeneran; habla, porque de tus lábios no pueden salir mas que consuelos; ya sabes que te pareces á las flores; ya te lo dije.

—¡Qué bueno eres! Pues bien, en primer lugar he concentrado mis recuerdos, he procurado acordarme de los muchos libros que leí en la casa de mis padres, me he puesto á pensar en el teatro y en tí, y me he dicho:

El destino me ha colocado en esta senda, en la cual está Pico; y yo no debo abandonarlo. La muger está condenada injustamente por la sociedad á ser una entidad consumidora, sin mas títulos que su hermosura y su amor; y al pensar esto he sentido rebelarse mi orgullo, y me he propuesto regenerar mi condicion de muger; yo no quiero ser un fardo inútil, ni un estuche de ilusiones; quiero entrar en el goce de mi individualidad independiente; quiero emanciparme de la odiosa tutela de los hombres, y figurar como una entidad libre; Pico, yo quiero ser artista.

—¡Isolina! exclamó Pico, ¿tú, Isolina?

—Sí.

—¿Tú en las tablas?

—Sí; quiero probar que se puede pisar ese recinto sin doblar la frente; quiero hacerme respetar en las tablas; quiero imponer la ley de mi dignidad y de mi honra á la caterva crapulosa que rodea á las cómicas; quiero probar que el arte es noble, que la carrera es gloriosa, que

la muger que quiere ser honesta y que sabe apreciarse, pasa sobre todas esas miserias, sobre todas esas pasiones inmundas de las tablas y del vestuario; yo probaré todo eso porque siento en mí que puedo probarlo; yo no sé si podré ser actriz; no sé á qué grado de perfeccion podré aspirar; pero sí estoy segura de que sabré conservar mi dignidad sin mancha.

Pico, para quien Isolina iba tomando cada dia proporciones mas gigantescas, escuchó absorto aquel arranque de Isolina, que le pareció sublime.

Isolina habia corroborado en medio de sus muchas secretas meditaciones, el amor, el grande amor de Pico; este por su parte estaba efectivamente regenerándose por el amor, y este amor irradiaba de Isolina como de un foco luminoso.

Entre todos los milagros, los del amor son los mas dignos del estudio del filósofo.

El amor es un regenerador espiritual, capaz de trastornar el mundo; el amor es la perfeccion y es la vida moral.

Solo el que no sabe aprovecharse de ese soplo vivífico es el que lo convierte en llave de placeres vulgares.

Pero si el amor se engendra en seres bien organizados, en quienes exista el gérmen de la ambicion de algo grande; entonces el amor es un agente poderoso que erije figuras colosales que se levantan del lodazal de las pasiones comunes.

Así, pues, Isolina amaba á Pico, habiendo sido la base de este amor la gratitud y la salvacion de la honra.

Pico no era para Isolina el bello ideal ni mucho menos; pero la unía á él un lazo sagrado: la gratitud; tenia pruebas de su adhesion, y existia la union moral apoyada en este cimiento sólido y seguro: el respeto mútuo.

Para el público, para la sociedad, para el vulgo, Isolina y Pico eran la figurante y el apuntador. La una postulante de su propia hermosura en el mercado de los calaveras y de los viejos enfermos del alma.

Y Pico, el apuntador, ó sea un hombrecito *ex-bruja*, ex-militar y dado al diablo de la miseria en cuerpo y alma.

Pero para nosotros, los que conocemos la historia íntima de estos dos personajes, tienen muy distinta mision estas dos almas iluminadas en medio de un peloton de comparsas con un foco de luz *de arriba*, que los destacará á nuestros ojos, como las dos primeras figuras de un cuadro.

Don Fernando, avergonzado de su primera tentativa, sostuvo por amor propio su papel de amigo sincero, y esto era ya un resultado práctico del prestigio de Isolina.

Al rededor de un astro brillante no puede haber nubes negras, sino nubecillas que reciban luz del astro mismo para formarle una orla luminosa.

Don Fernando fué conociendo poco á poco y á pesar suyo, que Isolina era una muger superior y á la que habia que respetar; esto no obstante, D. Fernando no se encontraba capaz de abandonar su empresa, por no sancionar su derrota.

CAPITULO XX.

EL POPULO BÁRBARO.

LAS funciones de la compañía drámatica siguieron á pesar de la enfermedad de Pico.

El corrillo de las coristas devoró el suculento platillo de la crónica hasta chuparse los dedos.

Una pelona, la mas relamida y decidora de aquellas beldades de cuarenta abriles, encanijadas y maldicientes, tenia la palabra.

La pelona tenia la lengua mas viperina que se conoce, y era la que llevaba la batuta en todos los escandalosos chismes de bastidores.